

“Un día en la vida de Miguel Espinosa”

José Luis Martínez Valero

El escritor y su paisaje (Rutas literarias y didácticas), Consejería de Educación, Formación y Empleo, 2009

Cuenta Mercedes Rodríguez que el día en que conoció a Miguel Espinosa, ambos estaban en el café Santos, hoy desaparecido, que estuvo situado en las callejas que aún perviven junto a Platería. Ella, recién llegada a la Universidad de Murcia; él, en la mesa de enfrente, escribiendo. No era frecuente que en los años cincuenta, la mujer interpelase al hombre, pero, los cafés con tertulia literaria, eran como un espacio ajeno al mundo, isla en medio de un océano de mediocridad, de ahí que Mercedes se dijese: si ese hombre que escribe, formula pensamientos profundos, me interesa. Así que, sin más, se acercó a la mesa pidiéndole que le mostrase lo que había escrito y, Miguel, accedió. Debieron ser frases sustantivas, pues de aquel escrito nació una verdadera amistad. Desde ese momento, Mercedes Rodríguez, se convirtió en musa, contertulia, confidente, corresponsal, mecenas, siempre al otro lado del teléfono, y fue transmutada por Miguel como Azenaia Parzenós, amada del Eremita, en *Escuela de Mandarinés*; Juana enamorada de Daniel en *Tribada*; Clotilde esposa de Camilo en *La fea burguesía*, y, sobre todo, constante presencia en la vida del escritor Miguel Espinosa.

Las palabras sobre Caravaca proceden de la entrevista que Ángel Medina, publicó en el diario *Línea* el 30 de abril de 1976, dicen así:

-¿Qué piensas de Caravaca?

-Hay para mí dos Caravacas, por así decirlo; una que habita mi interior, o conjunto de recuerdos sobre el pasado, y otra que contemplo y veo, como ciudad. Hablar de la primera sería como analizar una parte de mi conciencia; hablar de la segunda resultaría ser como una descripción.

Poco después el periodista alcanza el nudo de la entrevista y pregunta:

-¿Qué piensas de lo local?

–Que es lo universal, siempre que en la descripción de su talante se sepa poner entre paréntesis lo simplemente actual e insignificante. Homero, Mateo Alemán, Cervantes, Balzac, Dickens, Gabriel Miró, Thomas Mann describieron sencillamente sucesos locales que en resumidas cuentas, son los únicos hechos.

–¿Qué opondrías, en esta concepción, a lo local?

–Lo internacional, que es lo irreal, lo vacío; nada hay, en efecto, más vacío que un gran hotel o un aeropuerto.

–¿Te gustaría escribir sobre Caravaca?

–Sí, mas no en cuanto Caravaca, sino en cuanto mundo. Hablar de Caravaca, o de cualquier lugar, de manera diferente, equivaldría a decir en falso.

Tanto en la anécdota de Mercedes Rodríguez, como en esta entrevista, Miguel desnuda la apariencia que disfraza la realidad, y accede a lo esencial: Caravaca es el mundo. Esta concepción, opuesta a las modas, puede decirse que es poética y, por eso mismo, filosófica.

La existencia de Miguel Espinosa transcurrió en la cotidianidad de una pequeña capital de provincia con la que no compartió su escala de valores, voluntariamente se excluyó, incluyéndose así en lo que se ha conocido como exilio interior. Esta automarginación comprendió el rechazo por los modos convencionales de entender la narración, la renuncia a un trabajo sujeto a horario, y la impugnación de lo académico, entendido como mimo, saber vacío, mero teatro; negando jerarquías, escalafones y recompensas de ámbito oficial.

Escribía para entender las circunstancias que conforman los hechos, y su necesidad de ser comprendidos. He aquí su definición del bikini: palmo de tela sobre la vulva. No se trata sólo de una descripción, hay en ella una concepción ética del mundo, una realidad que nos remite al origen.

Este interés es una constante en su obra, de ahí que ahora nos preguntemos: ¿Qué puede importar para conocer a este escritor que en 1926 naciese, en este lugar al que llamamos Caravaca? Para un amante de la Historia como fue Miguel Espinosa, seguro que tuvo un profundo significado, Caravaca fue frontera con los musulmanes granadinos, encomendada primero a los templarios. Conocemos que esta ciudad poseía

un convento de monjas y otro de frailes carmelitas, fundados por santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz, respectivamente, y que, éste último, la visitó en repetidas ocasiones. Además es oportuno recordar que hubo un colegio de jesuitas, desaparecido tras su expulsión en el siglo XVIII.

Hay en estos datos elementos emblemáticos de la historia de España que, al mismo tiempo, son metáfora para exponer el proceso de creación, recuérdese que en griego moderno metáfora significa autobús, viajemos. Primero, la frontera, dos lenguas, dos culturas, dos religiones, también el proceso y riesgo que supone la escritura; segundo, los templarios, seducción y misterio; Santa Teresa y su reforma; San Juan, pájaro solitario, o el rigor poético en estado de éxtasis, por último, los jesuitas, sol y sombra de la inteligencia.

Este podría ser el sustrato sobre el que se asienta. Por otra parte, se suele decir que nuestra patria es la infancia, cuando sin ser conscientes entramos en contacto con el mundo, nuestras impresiones, nuestras palabras, son el aire, la lluvia, la luz, las plantas, los animales, el frío y el calor primeros, los que conforman nuestra experiencia, nuestra manera de habitar el mundo. En *Asklepios*, libro de iniciación semejante a *Platero o Los alimentos terrestres*, aparece el niño, y cabe pensar que ese niño que siente frío en las rodillas, percibe sus primeros olores, sus primeros sabores, ese niño está situado aquí, seguramente ha compartido con muchos de nosotros todo eso que hoy está a punto de desaparecer y que podría caber en la experiencia que referimos cuando hablamos de nuestro pueblo.

En el año treinta y cinco, la familia, se traslada a Murcia. Espinosa, tras la guerra, concluye el bachillerato en el colegio de los Maristas y comienza sus estudios en la facultad de Derecho de la Universidad de Murcia. La muerte de su padre en el cuarenta y tres, marca definitivamente su vida, ya que afecta a la familia, a sus estudios y a su trabajo.

España acaba de salir de una guerra incivil y las heridas permanecen abiertas. La cárcel, cuando no algo peor; el exilio real o interior, y, sobre todo, el miedo a hablar, el miedo a recordar, imponen un silencio oscuro. Los vencedores definen el mundo, los medios sacralizan la figura del Jefe del Estado.

¿Cómo ve esta realidad? Espinosa se distancia y con humor advierte que la retórica, ritos, uniformes y mucetas, palidecen con los años; se convierte en espectador del gran teatro del mundo.

En Murcia hasta finales de los cincuenta, el paisaje urbano se mantiene estable, a partir de esa fecha comienzan a desaparecer los terrados y palomares, los pequeños huertos interiores con palmera. La década de los sesenta con nuevas calles y construcciones en altura, arruinan su aire pintoresco y romántico. Se crean nuevos institutos de Enseñanza Media, cuyos alumnos aumentarán espectacularmente el número de universitarios. El turismo llega masivamente a nuestras costas y se arrasan paisajes vírgenes. Se perciben ciertos ecos del mayo del sesenta y ocho y algo comienza a cambiar.

En los setenta la ciudad desplaza su centro, así tras haber permanecido durante siglos al pie de la catedral, ahora se traslada con los grandes almacenes. El espacio, como una metáfora visible, muestra los cambios habidos, muerte de Franco y Transición. La secularización sucede a la sacralización.

Entre tanto, Espinosa, escribe y medita. Se rebela contra la sociedad de consumo, ya sea de ideas o de productos. Rechaza la existencia de un mundo que no le permita opinar.

Era curioso de existencias, no de lugares, entendía que, el viaje, no implicaba necesariamente conocimientos. Pessoa en el Libro del desasosiego, declara algo que habría suscrito Miguel, dice así: ¿Viajar?, para viajar basta con existir. Voy de un día a otro como de estación en estación, en el tren de mi cuerpo, o de mi destino...La vida es lo que hacemos de ella. Los viajes son los viajeros. Lo que vemos no es lo que vemos, sino lo que somos.

Hasta su muerte en 1982, ejercerá diversos trabajos, todos están al margen de su ocupación intelectual.

Durante diez años tuve ocasión de tratar a Miguel, era hombre de costumbres, como el que a diario acude a un jardín y gusta siempre de sentarse en el mismo banco, desde el que ve pasar las estaciones, sin que en ello encuentre el tedio de la repetición.

Ahora me propongo para acercar su figura, contar lo que hacía durante unas horas, que equivalen al resumen de muchos días. Si la vida se viviera fuera del tiempo, sería una e inmutable, como no es así, se trata de una posibilidad que se multiplica en posibilidades, y lo que voy a relatar podría ser una de ellas.

Hay muy pocas fotos de Miguel, en todas podemos descubrir su mirada profunda y melancólica, sin embargo, en mi recuerdo predomina una sonrisa comprensiva y continua.

La primera vez que nos encontramos fue el día en que mataron a Carrero Blanco, hacía unos días que había leído mecanografiadas unas páginas de *Escuela de Mandarines*, gracias a José López Martí. Aquella tarde aún hubo cine en Murcia, una primera sesión a la que asistimos mi mujer y yo, donde se proyectaba *El espíritu de La colmena*, excelente símbolo que el día iba completando, poco después, mientras paseábamos en una ciudad casi desierta, encontramos a Miguel y a López Martí, ambos vestían con abrigo azul marino, ambos representaban la misma edad, dijimos que Miguel nos parecía más joven y le agradó.

Aunque nos veíamos a menudo, no solíamos concertar las citas. Es sabido que hay en la ciudad una lógica para encontrarse y otra para perderse; la primera siempre nos fue propicia.

Voy a hablar de una mañana que para Miguel está a punto de empezar... En el bulevar Alfonso X, hay gentes que pasean, son pocas, mientras presurosos, los más, acuden a sus tareas. Los niños están en los colegios. La serenidad de las once ocupa las aceras.

A lo lejos veo la espalda de un hombre que camina lento, lo estoy contemplando entre los plátanos de la avenida. El día es luminoso, corresponde a un otoño que aún no ha desprendido las hojas de los árboles, sin duda es Miguel ese hombre que des- cubro.

Hace sólo unos minutos que ha salido de su casa. Miguel, que ha habitado diferentes calles y barrios, vive ahora en un piso de la calle Muñoz Grandes, número 10, hoy Avenida de la Constitución. La calle es amplia y une dos plazas. En la más próxima hay una fuente. La casa es modesta.

Este es su despacho: una mesa, y sobre la mesa el teléfono y útiles de escribir, perfectamente alineados. En una pequeña estantería hay libros de historia y de filosofía;

entre los textos clásicos figuran en excelente edición el *Quijote* y *Castilla* de Azorín. Junto a la mesa, su máquina de escribir, una Olivetti-86. José López Martí, lo calificó de celda. Miguel acaba de leer este texto:

Lo primero que se encuentra al entrar en la casa –lo ha contado el autor del Lazarillo– es un patizuelo empedrado de menudos y blancos guijarros. Las paredes son blancas, encaladas. Al fondo hay una puertecilla. Franqueadla.

Nada hay de extraordinario en este cuento, el autor nos conduce, nos invita a ver, asistimos al nacimiento de esta realidad que son las palabras: ¡franqueadlas!

Miguel gusta de Azorín ese su nombrar las pequeñas cosas, pero y ¿las grandes? La escritura no entiende de tamaños, no es la extensión, sino la intensidad lo que se propone.

El que camina detrás no percibe ningún gesto de agitación, ningún tic característico, toda su espalda, todo su cuerpo, están ocupados en sostener la cabeza, y se concentran en su cuello proporcionado. Se diría que es una cabeza normal, de pelo oscuro y bien cortado, la cabeza de un hombre joven, entre treinta y treinta y cinco años.

He preferido no llamar su atención, quiero recordar lo que veo e incluirme yo mismo en este recuerdo.

Se encuentra ya a la altura de las Claras, a punto de alcanzar la acera del colegio, su andar es lento. Miguel se ha detenido, extrae del bolsillo un papel, comprueba algo y, de nuevo, continúa su camino.

Una vez que se halla en la puerta de Santo Domingo, dirige sus pasos a Mi Bar, que más tarde sería Novecento. Este local está en la Trapería, calle que semeja una plaza, donde siempre que se pasa se pasea, podría decirse que es posible escribir toda la historia de Murcia a partir de esta calle.

Pasa la puerta y, la algarabía del café en la mañana, lo salpica, como si traspasar el umbral, equivaliera a pisar un charco. Toma asiento, pide un café y la prensa. Al poco lo sorprendemos abstraído ¿en alguna noticia?, pudiera ser, y es que bastan unas líneas

para que su imaginación comience a discurrir, basta una fotografía para que el mundo se convierta en espectáculo.

Sobre la mesa hay un paquete de tabaco, cerillas y un cenicero. Toma el paquete, es blanco y azul cubierto de celofán, extrae un cigarrillo, lo golpea sobre el mármol con objeto de que se aprieten las hebras, vuelve a colocar el cigarrillo en su boca, mira en torno, pasa presionando la cerilla sobre la caja y ahora, una vez encendido, con placer aspira el humo. Así lentamente pasan los minutos.

Vuelve al periódico..., alza la mirada y descubre, en el que entra, al amigo. El recién llegado se sienta frente a Miguel, apenas hablan, sólo se miran, sonríen como si recordaran. Ambos parece que reflexionan.

Llevan años hablando sobre unas pocas personas para las que diariamente componen diálogos de los que comentan cada palabra. Aunque los sujetos elegidos se mueven por las calles de Murcia, aunque poseen nombres y apellidos, lo que dicen no corresponde a su realidad y, sin embargo, todo es real, mucho más real que la propia realidad desorientada, que éstos viven. Alguno de aquellos nombres, al principio no me eran familiares, por lo que llegue a sospechar que serían mera invención, así me ocurrió con su hijo Juan, al que solía citar como autoridad, mi sorpresa fue, cuando un día se me apareció, en carne y hueso, quien siempre había creído figura de ficción.

¿Por qué lo que dice se pone en boca de otros, y éstos, a su vez, remiten a dichos de los que otros han sido testigos? El que oye no sabe si estamos en presencia de un solista, que pronuncia toda la verdad, de ahí esa polifonía; o nos hallamos ante un coro cuya salmodia es percibida, como si de un solo intérprete se tratara.

¿Qué clase de simulación es esta en la que, hombres y mujeres, son presentados con sus nombres, de modo que cuando aparece José López Martí, se trata de un José López Martí, real, amigo y contertulio de Miguel. ¿La persona se transforma en personaje? ¿La realidad deviene ficción?, o bien ¿esta realidad, remite a otra realidad?

¿Por qué los nombres verdaderos? Quizá pensaba que pasados unos años, las personas pertenecen a la intrahistoria, tal como en las viejas fotografías todos nuestros antepasados se parecen.

Perseguía Miguel nombrar la realidad hasta que se convirtiera en símbolo. Para ello recorría un proceso que podría tener estos pasos: 1º calle, 2º café, 3º amigos, y 4º Mercedes Rodríguez o José López Martí. Lo que se cuenta se va desnudando de modo que, cuando llega al cuarto nivel, la frase ya ha sido acuñada, de modo que posee un valor en sí. La palabra ya está en boca de alguien, sucede por necesidad, como comentaría el mismo José López Martí: El mundo es lo que se dice, no lo que se habla.

Miguel constantemente preguntaba y lo hacía para conformar el mundo como expectación, no se conformaba con su mudez. También los niños y los periodistas preguntan, ¿cuál es la diferencia? El niño pregunta porque desconoce, cada una de sus preguntas equivale a la llave que le permite el acceso al mundo. El periodista pregunta como si fuera un niño, y el que responde le muestra su mundillo, ¿por qué pregunta, Miguel? Es probable que no le interese ni este mundo, ni los mundillos, lo hace para sentir de nuevo que la respuesta es posible, para encontrarse en el seno del silencio.

Tiene Mi Bar dos grandes vanos, a modo de escaparates o peceras, desde donde el cliente distraído puede contemplar la calle. He dicho tiene porque aunque la cafetería ha desaparecido, la inmobiliaria que actualmente ocupa su lugar, signo de los tiempos, aún permite recordarlos. Mirar se convierte así en un ejercicio del que es muy difícil apartarse. Lo que se ve, concuerda muy bien con la provincia y, en consecuencia, con el ejercicio novelesco.

Miguel rechazaba la cita o lo libresco, recuérdese que El Eremita, protagonista de *Escuela de Mandarines*, como Cristo, desconoce la escritura, así para contar algo, primero nos sitúa, describe el lugar, después por medio de gestos y notas interpretativas, crea el ambiente, que equivale al coro. Luego aparece el solista que suma comparaciones, abre expectativas, de nuevo subraya y repite: ¡Es importante!, abrumba con una técnica detallista. Y, al fin, llega la anécdota, que ya no es, pues, trascendida por la estética, se muestra como parte del mundo.

Este rito interpretativo confundía a algunos oyentes, creían que siempre se estaba hablando de lo mismo, por lo que, aburridos, se marchaban, no gozaban con la extrañeza ante lo cotidiano. Creo que era la necesidad de ver resuelto algo, como en las novelas de intriga, lo que les impedía continuar. Allí no pasaba nada.

En efecto, no pasaba nada, puesto que todo quedaba. Una tertulia no es un seminario. En el seminario, una vez que se han elegido las semillas, una vez que ha comenzado la germinación, todo se dirige a un único fin: los juicios son interesados. Una tertulia, por el contrario, no puede sustraerse a la vida, la tertulia siempre tiene una ventana abierta.

Puede ocurrir que alguien se asome y, desde esa ventana, vea el mundo y diga:

–Atraviesa la calle fulano, parece que lleva prisa, o bien, alguien acaba de entrar en la tienda de enfrente. Puede que, como la ventana está a la altura de la calle, un conocido al pasar se detenga, salude, pregunte o traiga alguna noticia. Uno va buscando donde encontrarse y hay espacios que lo facilitan, así sucede con el monje en la soledad de su celda, en el paseo por el huerto del monasterio o bajo el claustro.

La calle era el lugar de Miguel. La calle, con unas ventanas que miran a otras. La puerta que se abre, la mirada que descubrimos, las múltiples voces, el paseante. La ciudad es la calle y la calle es la memoria insuficiente de los hombres que han sido en la ciudad. Miguel era un intelectual de intemperie, quiero decir, expuesto, no protegido por su estatus social o por el prestigio académico.

Miguel aspiraba a la frase acuñada, aquella que como moneda tendría valor independiente, porque partía de esta hipótesis: podría ocurrir que se perdiera todo, libros, historia, mundo, y que sólo quedara una frase, como una calle, ese conjunto de palabras debiera tener sentido, de modo que desde esa frase fuese posible iniciar la reconstrucción del mundo, de su historia y del libro donde había ocurrido.

A menudo, hablábamos de la sentencia y el aforismo, ese equipo portátil que permite viajar sin que cobren exceso de equipaje. A veces, Miguel, extrae un cuaderno donde anota lo que alguien ha dicho, el interlocutor se esfuerza por organizar su pensamiento que pasa literalmente a la página.

De la tertulia alguien se levanta y comienza la despedida. Miguel es el último, se dirigirá con sus maneras lentas hacia la puerta, se despide del camarero e inicia el camino de su casa. Aún es posible que encuentre otro conocido, trate con él una cuestión repetida, que quedará suspendida cuando se alejen, porque las historias no se terminan, sólo se interrumpen.

¿Qué hace Miguel en su casa? Escribe, o mejor transcribe, de modo que lo que ya ha sido formulado se convierte en página. Ha tardado muchos años en perfeccionar *Escuela de Mandarines*. Ahora compone un libro nuevo, Miguel no dice novela, sino libro, en este término encuentra más libertad, un libro está formado por un haz de páginas que recogen el trabajo de un tiempo. Cuando escribe a mano su grafía semeja una sólida edificación, a menudo parece una torre que se hubiera levantado con ladrillos, cada letra mantiene su independencia, aparecen juntas, no ligadas; sólo la letra E dispone de dos versiones, a veces la A se abre sin que llegue a perder su carácter. Cuando escribe a máquina, el trabajo resulta impecable, basta un pequeño error, para que rehaga la página. La primera edición podría presentarse mecanografiada por su mano. Redacta de modo que cada frase tenga sentido, densa como un verso, frase isla.

A veces se detiene y toma un libro, lee despacio, como si cada palabra contuviera su propio argumento, oye el ruido de la calle, contempla la luz del poniente que tiñe de rojo la pared blanca. Suena el teléfono y se oye una voz femenina...

Esta tarde Miguel irá al Rincón de Pepe. Allí permanece varias horas sentado en un rincón del recibidor del hotel, junto a una mesita donde puede verse un café y el paquete de cigarrillos, a veces un vaso de licor.

¿Por qué elige los hoteles? Quizá porque en ellos desaparece el tedio de lo conocido. Lo provinciano no es el páramo del saber, por el contrario en estas pequeñas capitales hay eruditos que lo han dicho todo, y que es necesario repetir para alcanzar la estimación debida. Ciertamente que, Miguel, busca otra cosa, quiere dar respuesta a quien en solitario, ajeno a la tradición local, se dice: aún el mundo no está hecho.

Un mundo que no está hecho, sólo puede ocurrir en la mente. Y para conocerlo se necesita otro lenguaje. Supo por experiencia que no existe relación entre el objeto y su denominación. Ocurrió entonces que, al nombrar, vio de nuevo, y vio más. Así, a medida que hablaba, se iban haciendo visibles zonas, que siempre habían estado en sombra, el iceberg mostraba su cara oculta. Eran los mismos sucesos, bañados por otra luz, que no atendía a las apariencias. Su literatura aun sin pretenderlo, venía a ser crítica y lo era por el componente ético de su estilo, enunciar la realidad comprendía el compromiso de restaurar la semántica.

Desde su lugar en el hotel, Miguel veía a los viajeros conversar entre ellos, y cómo sus palabras producían una música extraña. Habían llegado para hacer negocios en la ciudad, por esta razón cualquier otra cosa les era indiferente. Este agnosticismo respecto a las tradiciones locales indignaba a los eruditos. Miguel creía, como los viajeros, que sólo hay una manera de ser local y esta consiste en hacer negocios con el mundo. Tiene el negocio la pureza del pacto, esta asepsia es envidiable en un mundo de naturaleza impura.

La página se parece a este tipo de pacto, el escritor pone en ella tanto como puede decir, esto es, tanto como las reglas, que ha elegido, le permiten. Pero en la escritura hay también misterio, y el misterio resulta de la misma aplicación rigurosa de las reglas. Consiste en esa puerta abierta por la que el lector puede entrar. El texto debe ser como una mujer que siempre atrae.

Miguel bebe pausadamente, paladeando, como si con cada trago tomase contacto con la esencia, disfrutando más con la idea misma, que con el encuentro del sabor nuevo y repetido. Mira en torno, descubre la provisionalidad de los objetos, que no convocan hogar estable, sino tienda del que viaja, y se reconoce en su interinidad, ermitaño y viajero, clandestino entre los hombres.

Cuando sale a la calle comprueba que sigue en Murcia, a las nueve el aire aún es tibio, una ligera brisa, endulza la ciudad, Miguel quizá tome asiento en la terraza de una cafetería, encontrará algún amigo, la charla proseguirá donde había quedado suspendida. Ahora entre los interlocutores es frecuente que haya mujeres.

Más tarde, como testigos de la noche, por las calles desiertas, continuarán el diálogo, Miguel y López Martí. La ciudad a esa hora tiene un tinte de irrealidad que hace más verdadero aquello que se dice, la noche convierte a Murcia en el mundo, sólo algún barrendero, algún trasnochador, suceden como aviso de la mañana, que traerá el día siguiente. Mientras la ciudad duerme, también los jóvenes duermen, los portalones de las iglesias, las estrechas calles, las plazas parecen dialogar entre sí. Miguel y López Martí, ambos con sus maneras lentas, se convierten en los únicos habitantes de la noche.